

HACIA UNA EDUCACIÓN FILOSÓFICA

Una educación filosófica debe poner el acento en la formación. Eso significa que la enseñanza de todo lo que nosotros llamamos materias debe tender a darse en forma filosófica, es decir, como pensamiento, y no como conjunto de información. Cualquier materia se puede presentar, en principio, en forma filosófica, no importa de cuál se trate, como también podría hacerse en forma perfectamente antifilosófica o, como decía Marx, aconceptual, es decir, sin que sus temas se incluyan en la lógica de un pensamiento propiamente dicho.

Tomemos por ejemplo la geografía. ¿Qué puede significar una geografía filosófica? Una geografía filosófica debe tener en primer lugar principios explicativos. Debe preguntarse, por ejemplo, cuál es el peso de las diferentes condiciones geográficas, climáticas, orográficas y demás, en la vida humana en determinado período histórico. Al describir un país no debe constatar

solamente que hay montañas en tales sitios, su altura, su clima y su nivel de pluviosidad, sino cómo ese hecho geográfico se impone como un sentido y como un condicionamiento de la vida humana. ¿Por qué en las zonas montañosas hay una forma de vida diferente, que de alguna manera está vinculada con su historia? ¿Por qué en las montañas nuestras no es tan importante una aristocracia terrateniente, existe más la pequeña propiedad campesina, y por tanto predomina una vida más conservadora? Las montañas son, por una parte, “neveras” donde se guardan los refranes, las formas lingüísticas, las estructuras del pasado; pero, por otra, son regiones más independientes, y llegan a ser incluso refugios de hombres libres. ¿Por qué la historia se desarrolla más lentamente en las montañas y más rápidamente en las llanuras, a lo largo de los ríos y en las costas, donde el transporte pone más directamente en contacto a la gente? ¿Qué significa una montaña como condición de existencia y, al mismo tiempo, qué es un desierto?

¿Por qué la montaña produce un arte distinto, lleno de arabescos, sin líneas de medida, de distinción de propiedades, sin arcos sueltos? ¿Qué quiere decir todo esto? ¿Qué tipo de mentalidad, de concepción del mundo se construye allí?

La significación de la geografía humana cambia según el avance o retroceso de las fuerzas productivas. Así, con determinado grado de tecnificación, ser habitante de una isla significa estar aislado; pero con otro grado de comunicación significa estar en contacto con todo el mundo, como era el caso de la marina inglesa. En la Segunda Guerra Mundial, Inglaterra podía estar protegida contra la invasión alemana, pero en una guerra actual ya no estaría a salvo de nada. En otros términos la significación geográfica cambia cuando se transforman los modos, las técnicas y las relaciones de producción.

Una geografía filosófica debe ser explicativa, pero también vital, libre de mitologías. No se trata de saber quién fundó una ciudad, sino

en qué sitio había condiciones para poderlo hacer, porque las ciudades no se decretan; sin los chibchas, la sal de Zipaquirá y la protección contra los piratas, no se funda Santa Fe de Bogotá aunque la decreten, porque se decretaron muchas. La primera fue Santa María la Antigua del Darién, y ahora no hay nada allí. Enseñar geografía filosóficamente es darle un sentido a lo que se enseña. Y así puede hacerse con todas las materias

La historia, por ejemplo, no debe ser el simple recuento de acontecimientos de lo que ocurrió en el pasado, sino una exposición de la manera como el mundo se concibe; cómo se muere y cómo se ama en cada época, según las condiciones de vida; la manera como naturalmente se produce y se cambia; el tipo de hombres que produce la historia y que producen todo eso. En cierta medida, es fácil comprender qué sería una historia filosófica, pero con todas las materias se puede hacer igualmente filosofía.

Una educación con filosofía no quiere decir dedicarle más horas a una materia aburridora llamada filosofía, en la que se cuentan muy sumariamente ciertas “historietas” que son muy conocidas en las fórmulas que se enseñan en el bachillerato (nadie puede bañarse dos veces en el mismo río, sólo sé que nada sé, etc.) que luego deben

ser reproducidas en un examen final, para después no volver a recordar nada.

Las materias pierden interés en sí mismas por la forma como se enseñan. En botánica se termina por saber algunas palabras en latín, pero finalmente no se recuerda nada más. Para explicar la vida se tiene el cuidado de emplear el tablero pero no el pensamiento. Mientras más se apela a métodos audiovisuales más se acentúa la tendencia. Esto es muy frecuente en la enseñanza de la célula, ¿Qué es una membrana? ¿Es la línea que he pintado en el tablero? ¿Qué es

EN LA MEDIDA EN QUE QUERAMOS QUE LA EDUCACIÓN SIGNIFIQUE ALGO MÁS QUE EL ENTRENAMIENTO DE UN EXPERTO PARA UN MERCADO QUE LO DEMANDA, Y QUE BUSQUEMOS LA FORMACIÓN DE UN CIUDADANO, EN ESA MISMA MEDIDA DEBERÍAMOS ACENTUAR LA EDUCACIÓN FILOSÓFICA.

esto que llamamos membrana, que al mismo tiempo protege del mundo y comunica, que sirve para aislarse y para relacionarse, para dejar pasar lo que combina con lo interior y expulsar lo que no combina, y al mismo tiempo para que todo el estruendo del mundo no desbarate el pequeño núcleo? ¿Qué es ese misterio que llamamos membrana y que luego

será el cerebro? ¿Qué significa vida? ¿Cómo una misma cosa es al mismo tiempo una memoria que contiene en alguna forma el secreto, la clave de su reproducción? ¿Cómo crear la incógnita en lugar de dar la apariencia de resultados impensados? ¿Cómo hacer, pues, una biología pensable?

Lo que se convierte en instrumento nuestro, lo que nos ayuda a pensar y ver el mundo y a nosotros mismos de manera diferente, nunca se olvida, como no se olvida el idioma en que hablamos. Olvidamos lo que no podemos integrar

a nuestro ser. Nuestro psiquismo tiene la capacidad de eliminar lo que no puede asimilar, pues ¿qué haríamos con todo ese conjunto de cosas que no podemos utilizar en nada? El acto del olvido no deja de ser saludable, ya que nos permite aprender cosas nuevas y no vivir atiborrados de datos inutilizables. El bachillerato llena al estudiante de fechas históricas SOBRE la muerte o

el nacimiento de grandes personajes o de nombres botánicos y clasificaciones que no sabe qué significan. Afortunadamente todo eso se olvida. Sólo se recuerda aquello que hemos aprendido a pensar por nosotros mismos en su significado.

LA EDUCACIÓN COMO FORMACIÓN DE CIUDADANOS

En la medida en que queramos que la educación signifique algo más que el entrenamiento de un experto para un mercado que lo demanda, y que busquemos la formación de un ciudadano —para decirlo en términos griegos—, en esa misma medida deberíamos acentuar la educación filosófica. Hay muchas cosas en la educación que no podemos evitar (un ritmo, un p \acute{e} nsum, etc.) pero sí hay una cosa que podemos mejorar: pensar nosotros mismos lo que llamamos nuestras materias, impregnarlas de inquietudes y transmitirles entusiasmo, que es muchas veces lo que menos se transmite.

La educación comienza con una separación que ya es una división terrible del trabajo. En la escuela primaria aprendemos que hay dos cosas: una aburrida y útil, la clase; y otra inútil y maravillosa, el recreo. Pronto se nos ubica muy bien en el tiempo y en el espacio: la clase es aburridora, pero necesaria; en cambio, el recreo es el disfrute, pero no

sirve para nada. Esta valoración diferencial se queda para siempre en nuestra mentalidad. El saber no es un disfrute, Aprender es lo contrario de disfrutar. Disfrutar es lo contrario de aprender. La única motivación sería entonces un interés exterior, no un interés por la cosa misma.

El profesor de preceptiva literaria recomienda a los estudiantes la lectura de *El Quijote*. Muy probablemente les enseña que el gerundio está muy bien utilizado por Cervantes y así el alumno termina asociando el libro con la gramática que es una de las cosas más aburridoras del bachillerato. *El Quijote*, que es una broma de orden superior sobre la vida, termina así inscrito en el orden del deber, y el estudiante no lo estudia ni tampoco lo disfruta, porque el disfrute es el recreo.

No habrá transmisión posible que el profesor pueda hacer de una pasión que él no tenga por un tema. La educación recurre entonces al mecanismo de la nota, al de la competencia o al de la promoción. En el mecanismo competitivo el fracaso de uno es el éxito del otro. Hay otros a los que les puedo ganar y que me pueden ganar. El aprendizaje no está motivado por el deseo de saber algo que se nos ha hecho necesario, inquietante, interesante, o por la solución de una incógnita que nos conmueve,

sino por la nota, la promoción, la competencia, el miedo de perder el año y ser regañado o penado.

Debemos confesar tranquilamente que nosotros estamos situados en una circunstancia objetiva que no podemos transformar desde el aula. No se puede revolucionar un aparato educativo orientado a producir fuerzas de trabajo calificadas desde el salón de clase. Es un reconocimiento simplemente realista. No podemos tomar socráticamente a un alumno por medio de preguntas hasta que él mismo descubra la geometría a través de su propio pensamiento, como hacía Sócrates con el esclavo¹. Pero debemos considerar también que la formación debe ser el ideal de todo aquel que considere la educación como algo más que la producción de un experto adecuado a una demanda de trabajo calificado. Esta es la única forma de luchar por una democracia en cualquiera de sus formas.

La promoción de una educación filosófica es la forma por excelencia de búsqueda de ampliación de la democracia dentro del sistema educativo. Promover una educación filosófica y no una información cuantificada, masiva, separada, beatificada. Esta última puede servir para trabajar, pero para vivir no tiene más utilidad que la posibilidad de derivar un ingreso mayor que el que se tendría sin ella.



No podemos llevar a efecto nuevas combinaciones del trabajo productivo y el estudio, fuera de las que ofrece la sociedad en que estamos, ni tampoco cambiar la división social del trabajo desde el aula. Pero sí podemos desarrollar desde allí una lucha restringida por la democracia. Un hombre que pueda pensar por sí mismo, apasionarse por la búsqueda del sentido o por la investigación es un hombre mucho menos manipulable que el experto del que hablábamos arriba. Este es un resultado que podría provenir de una intensificación, en nosotros mismos como educadores, de la tendencia a la educación filosófica.

Quería decirles, pues, con el tema de educación y filosofía, que el ideal es promover la educación filosófica.

*Texto tomado de
EDUCACIÓN Y DEMOCRACIA,
Estanislao Zuleta.*

*Hombre nuevo editores.
Medellín, 2004. Pág. 64-68*

¹ Ver Platón, Menón, o de la virtud. (N. del E.).

**Lucernario en el obelisco
del Museo de Arte
Contemporáneo.**